

# FE Y LENGUAJE

Reflexión filosófico-teológica.

INTRODUCCIÓN.

El lenguaje de la fe se ha de centrar dentro del mismo modo modesto del conocimiento natural.

El Catecismo de la Iglesia católica trata el tema diciendo: "no creemos en las fórmulas sino en las realidades que éstas expresan". Y cita a Santo Tomás: "el acto de fe no se detiene en el enunciado sino en la realidad enunciada".

Este problema es en gran parte una necesidad dada la ofuscación sobre el conocimiento humano y su capacidad de conocer. Si no sabemos qué tipo de confianza nos merece no es posible seguir hablando como no sea como guacamayas.

El pensamiento vigente no se da cuenta de que el conocimiento nuestro es una jaula de la cual no es posible salir. Es algo parecido a un batiscafo con paredes de vidrio y con una luz no pequeña y que se encuentra en las profundidades abisales. ¿Qué significaría dudar si algo hay fuera, o creer que tenemos un conocimiento absoluto de lo que creemos? Ninguna de las dos cosas son posibles razonablemente. La duda es una atrocidad, sólo la modestia es real. Detrás de la duda y de la petulancia no hay más que la antigua ilusión de ocupar el lugar de Dios.

Las salidas son falsas, mejor dicho, son imaginarias. En darle más valor o menos del que se puede está el error o mejor, la ofuscación, la vaciedad terminológica. En determinar con escrúpulo su alcance está nuestro lugar. ¿Y no hay más? No hay más. No es posible más.

Una piedra puede lograr de por sí y de hoy para mañana una interpretación de la "Patética" con una

gran orquesta sinfónica. Es de esperar que esto se comprenda. ¿Cómo es posible poner límites a la capacidad humana? Pues sí que lo es.

El conocimiento es un acto de un sujeto respecto de un objeto. ¿Siempre? Siempre. ¿Y si piensa en sí mismo? Se piensa como objeto. Y todas las propuestas que intenten salvar este puente no son posibles. El pensamiento moderno y creo que el antañón -a su manera- suponen un objeto de acero que está ahí. Uno supone que está ahí con pelos y señales y totalmente dominado; y el otro viene a afirmar que -ese objeto ahí presente- no está; está sin estar. ¿Qué tal? ¿Se puede decir esto? No acaban de entender que lo que se nos presenta es todo lo que hay. No es posible nada más. Es lo mismo que el ser, no es posible ser más ni ser menos. Aunque sea repetición en mí -a mi pesar he de repetirlo- : el pensamiento humano arrastra una pretensión divina de dominio absoluto -propio de Dios- que le lleva a la desesperación moderna y a la supuesta arrogancia antañona. (Evito la palabra antigua pues implicaría gran injusticia por la simplificación que estoy usando en demasía sólo a efectos de escena simplona). Basta recordar los duelos por la sustancia que siguen a Descartes y el descarte que sucede a continuación hasta llegar a la logomaquia escéptica y agnóstica. Ahí se ve que aceramiento de los conceptos, faltó flexibilidad y modestia. Somos llevados por la realidad. Y cuando a ésta se le hacen jaulas nunca cabe en ellas.

¿Qué valor le vamos a dar al conocimiento humano? No tenemos capacidad para contestar a esta pregunta por cuanto el conocimiento se impone. No es posible decir veo pero confieso que no veo. Veo una piedra pero quizás no sea piedra. Mientras vea piedra he de contar con ello. El pensamiento humano no es creador, no alcanza una evidencia divina que al mismo tiempo sea dominación absoluta del objeto. Cfr. Mi artículo en esta página "unidad, universalidad y misterio" y "libertad y deber moral".

El lenguaje no es problema más que para los que están dañados por la enfermedad arriba hemos mostrado.

No repito las ideas dichas en los artículos citados. Sólo un avisito a navegantes. Si viene un filósofo o teólogo a la catequesis cristiana. A él es preciso decirle que lo mismo que en filosofía no le dejan hacerse con el mando, aquí por mucho que cavile no se podrá hacer con la aseidad divina. Todo el mundo externo a la divinidad es por un acto de voluntad propio y exclusivo suyo.

Manuel Lago González, Lic. en Teología por la Universidad de Navarra, España.

Dirección: Parroquia de San Pablo. C. San Roque, n. 22. 35.205. Vigo, Pontevedra, España.